

Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmen de la primitiva observancia, hecha por Santa Teresa de Jesús, en la antiquísima religión fundada por el gran profeta Elías. Tomos I y II, en 1644 y 1655, por el P. Fr. Francisco de Santa María; tomos III y IV, en 1683 y 1684, por el P. Fr. José de Santa Teresa; tomos V y VI, en 1706 y 1710, por el P. Fr. Manuel de San Jerónimo; tomo VII, en 1739, por el P. Fr. Anastasio de Santa Teresa.—Para mayor brevedad, citaremos esta obra bajo el título de *Reforma ó Crónica de los Descalzos*.

Histoire de Sainte Thérèse, d'après les Bollandistes. Paris, 1882.—Es indudablemente la mejor de las vidas modernas de Santa Teresa, y ha sido compuesta por una carmelita francesa del monasterio de Caen; no desconocemos por esto el mérito y utilidad de las publicadas por el P. Bonifacio Moral, D. Enrique Joly, etc.

Autobiografía de la Vble. M. Ana de San Bartolomé, compañera de Santa Teresa, en la traducción francesa del P. Bouix, y en la más antigua de un solitario del desierto de Marlaigne: el original español, que se venera en el monasterio de carmelitas descalzas de Amberes, y del cual se han publicado ya muchos trozos, lo hemos podido ver personalmente.

Teresa de Jesús, la primera religiosa ecuatoriana (segunda edición, corregida y aumentada), por el Dr. D. Pablo Herrera: artículo biográfico, con datos importantes sobre la familia de D. Lorenzo de Cepeda, publicado en el «Boletín Eclesiástico» de Quito, en 1897.

L'Espagne Thérésienne, ou pèlerinage d'un Flamand (Mr. Hye Hoys) à toutes les fondations de Sainte Thérèse.—Preciosa colección de dibujos muy exactos relativos á las fundaciones de Santa Teresa, con notas interesantes. Gante, 1893.

Historiadores de Indias: Herrera, Gomara, Cieza de León, Zárate, etc.

Elegías de varones ilustres de Indias, por Joán de Castellanos. (En la Colección de autores españoles de Rivadeneira, Madrid.)

Historia de la Conquista del Perú, por Guillermo Préscott. (Traducción castellana.)

Historia del Perú bajo los reyes de la casa de Austria, por Lorente.

Historia general de la República del Ecuador, por el Ilmo. Sr. D. Federico González Suárez, obispo de Ibarra. Siete tomos. Quito, 1890—1903.

Las demás obras, artículos y manuscritos consultados se citarán en su respectivo lugar.



INTRODUCCIÓN.

ENTRE los hechos de los hombres, ninguno ha sido más grande ni más hermoso que el descubrimiento de América¹, por el cual se ensanchó de repente el horizonte de la humanidad, y ante el mundo civilizado apareció otro desconocido, con numerosas tribus, hasta entonces sumidas en las tinieblas del error, que iban por fin á recibir la luz de la verdad, conocer al verdadero Dios y regenerarse en el seno amoroso de la religión de Cristo. El género humano encontraba también un campo vastísimo y fecundo para extenderse y multiplicarse, al paso que aumentarían, con el mejor conocimiento de la naturaleza creada, su comercio, industria y riqueza. Esta portentosa hazaña debióse por cierto, no menos que al genio perspicaz é invencible voluntad, á la fe y piedad cristiana de Cristóbal Colón, á quien la Iglesia católica con legítimo orgullo puede llamar suyo: *Columbus noster est*, dijo ya el inmortal León XIII, al celebrar, con voz más que nin-

¹ «Res enim per se omnium est, quas ulla aetas unquam ab hominibus effectas vidit, maxima et pulcherrima»: palabras son éstas de la Encíclica *Quarto abeunte saeculo*, dirigida el 16 de julio de 1892 por León XIII á los obispos de España, Italia y América, con motivo del cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, documento el más honroso y magnífico, al par que sólido y discreto, para enaltecer la memoria de Cristóbal Colón. Citaremos dos ó tres pasajes de esta bella Encíclica, que bien podríamos llamar la primera página de la historia eclesiástica de América.

guna autorizada, el cuarto centenario del descubrimiento de América.

De todos los móviles que impulsaron al audaz y perseverante genovés, ninguno en efecto puede anteponerse al anhelo que sentía de propagar la fe católica y «abrir campo al Evangelio por nuevas tierras y nuevos mares». Toda su conducta hasta su muerte estuvo en armonía con esta idea madre de la magna empresa. Sus tres naves descubridoras se dieron á la vela, desde el puerto por ellas célebre, de Palos de Moguer, el viernes 3 de agosto de 1492, bajo el estandarte del Crucificado y después de invocar á la Madre de Dios, Estrella de los mares y Reina de los cielos. En sus cuitas y angustias jamás dejó de acudir á la oración é implorar el auxilio divino, así como en el inefable gozo del triunfo apresuróse á rendir homenaje al Rey de los siglos y del universo, á Jesucristo Señor nuestro, para quien tomó posesión de aquellas tierras, y cuya cruz redentora plantó en esas playas, y cuyo dulcísimo nombre de Salvador impuso á las primicias del Nuevo Mundo.

Convencido empero el gran Almirante de que la evangelización de aquellas inmensas comarcas recién descubiertas no podría llevarse á cabo sino por la Iglesia católica, bajo las órdenes del Jerarca Supremo, suplicó al Pontífice reinante, Alejandro VI, que enviase varones apostólicos para aquella conquista espiritual, á fin de «propagar, Dios mediante, cuanto más pudiese, el sacrosanto nombre de Jesucristo y el Evangelio». Acometió desde luego la Iglesia esta empresa colosal, que aun hoy se prosigue, y para darle cima contó sobre todo con las Órdenes religiosas, milicias organizadas y aguerridas, que ya le habían ganado y educado la vieja Europa cristiana.

No se ha ponderado tal vez lo bastante la parte principalísima que toca á los religiosos en la formación moral,

dirémoslo así, de la América cristiana. Tan providencial ha sido en esto su papel, que ya vemos á un pobre fraile franciscano influir de manera decisiva en el descubrimiento mismo del Nuevo Mundo. ¿Quién no conoce la simpática y veneranda figura de Fray Juan Pérez de Marchena, guardián del convento de Santa María de la Rábida, á orillas del océano, que hospitalario y benévolo recibió á Colón, en los días que ya desfallecía su ánimo, temiendo fuese imposible la realización de su inaudito proyecto? El humilde hijo de San Francisco sostuvo al héroe, cuando los príncipes le rechazaban desdeñosos y los sabios le contradecían acremente; nadie le ayudó más en la corte y en el puerto, ante la magnánima reina Doña Isabel la Católica y ante el pueblo de marinos que fueron sus cooperadores. Sí, un fraile, con su clara inteligencia, profunda ciencia y tierna piedad, dió á Cristóbal Colón lo que más necesita el genio en sus horas críticas para producir aquello que ha concebido: una mirada de aliento, una mano cariñosa. Cristóbal Colón á su vez no olvidó jamás los servicios del religioso y sacerdote: ¡quiera Dios que América tampoco los olvide nunca!

El viernes 12 de octubre de 1492 se posesionó Colón de las tierras americanas, «en el nombre de Jesucristo», y plantó en ellas la primera cruz; mas, no habiendo traído consigo ningún sacerdote en aquella azarosa expedición, transcurrieron algunos meses antes que el sacrificio incruento del altar se ofreciese en las playas recién descubiertas. Para la segunda expedición, habían obtenido ya los Reyes Católicos de la Santa Sede el nombramiento de un vicario apostólico, que fué el benedictino Padre Bernardo Boil, amigo de San Francisco de Paula, á quien debían acompañar doce religiosos de distintas Órdenes; pero la reina Isabel quiso que fuese personalmente en compañía del Almirante su gran amigo Fray Juan Pérez de Marchena, á quien

justamente la Providencia reservara la honra y dicha de ser acaso el primer sacerdote, religioso por lo tanto, que pisase el nuevo continente¹.

Desde entonces comienza la conquista espiritual, esto es, la evangelización, más ó menos rápida y eficaz, de las tribus descubiertas: junto con los conquistadores ó inmediatamente después que ellos entran los misioneros. «La España envía al Nuevo Mundo sus huestes aguerridas de conquistadores, pero ella misma derrama también sobre él sus pacíficas legiones de apóstoles: nube benéfica que trae fresca y abundancia á una tierra árida y desolada. Tras el conquistador allí está el misionero. Con Cortés van á Méjico, con Pizarro vienen al Perú, con Quesada penetran en Cundinamarca, con Ponce de León abordan á la Florida, con Valdivia parten á Chile y con Benalcázar llegan á la tierra ecuatoriana.»²

Casi todos estos misioneros pertenecían á las antiguas Órdenes religiosas de la Iglesia católica; pues, sin amen- guar en nada el mérito que también se granjeó el clero

¹ Véase á *Rossely de Lorgues*, Christophe Colomb, I. I, c. 12, y I. II, c. 1. Desembarcó el P. Marchena en la isleta llamada desde entonces María Galante, y luego después en la isla de la Guadalupe, donde probablemente fué celebrada por un fraile la primera misa en América (si no contamos la misión católica de Groenlandia, que entonces existía), á principios de noviembre de 1493. Algunos autores aseveran que aquella primera misa la celebró el P. Marchena, otros que Fr. Bartolomé de las Casas, y otros, en fin, la atribuyen al sacerdote Pedro de Arenas, compañeros ambos del P. Boil. Sobre este punto ha discutido con su talento y erudición acostumbrados el Rdo. P. Fita, jesuita, miembro de la Academia de la Historia de Madrid, á quien cita el célebre profesor de Innsbruck, Dr. Luis Pástor, en su «Historia de los Papas desde el fin de la Edad Media» (trad. francesa t. VI, p. 153).

² Este trozo, así como el que copiaremos más adelante, lo extractamos del elocuente «Discurso sobre la historia de la Iglesia católica en América desde su fundación hasta nuestros días», que encabeza el primer tomo (el único publicado) de la «Historia Eclesiástica del Ecuador», por el presbítero *Federico González Suárez*, hoy dignísimo obispo de Ibarra (Quito, 1881).

secular, es evidente que á ellas les cupo la mayor parte del trabajo y éxito favorable. De las órdenes é institutos religiosos con toda verdad podemos decir que han formado la América por medio del cristianismo, al modo que las abejas industriosas y abnegadas labran su colmena con la miel y la cera, apropiándonos así el célebre dicho del historiador inglés y protestante Gibbon, al tratar de Francia y sus obispos.

El organismo de la Iglesia no puede crecer ni fortificarse sino por medio de la jerarquía, la cual en América no tardó mucho en establecerse. Veinte años apenas después del descubrimiento, el papa Julio II creaba ya las dos sedes episcopales de Santo Domingo y Puerto Rico en las Antillas; y es digno de notarse que el primer obispo nombrado para aquella primera diócesis fué el franciscano García Papilla, que murió antes de consagrarse. Mas en aquel primer siglo y aun en los dos siguientes de la colonia española y portuguesa, no fueron pocos los religiosos que llevaron la mitra, sobre todo siendo como eran muchas de aquellas diócesis misiones difíciles, sin rentas ni clero suficientes, sin halago mundano de ninguna clase. Si el más insigne de los obispos de América, colocado ya en los altares, comparable á los más grandes de la vieja Europa, á un Carlos Borromeo y un Francisco de Sales, si el ínclito arzobispo de Lima, Santo Toribio de Mogrovejo, perteneció al clero secular; por su lado, las Órdenes religiosas pueden reclamar como suyos la mayor parte de los prelados que brillan en los orígenes de la historia eclesiástica americana. El organizador de la Iglesia de Méjico, ¿quién fué sino el franciscano Fray Juan de Zumárraga, varón de espíritu seráfico, á quien la Virgen Santísima se comunicó y regaló su celeste imagen, por medio del indio Juan Diego, pidiéndole la erección del mayor de los santuarios marianos de América, el de

Guadalupe, prenda del amor de María por el Nuevo Mundo? Á este admirable fraile, tan calumniado por cierta ciencia mezquina é impía, debió América su primera imprenta: él fué además civilizador entusiasta de la raza indígena, y fundador de escuelas, colegios y casas de beneficencia. El primer obispo de la América del Sur, fraile también, dominicano, no exento de virtudes, Fray Vicente Valverde, dejó por desgracia una memoria muy controvertida y, á no dudarlo, manchada por su celo ignorante é indiscreto, que rayó en fanatismo, tratando de convertir al mísero inca Atahualpa; mas, en cambio, otro dominico, obispo de Chiapas, el caritativo Fray Bartolomé de las Casas, se constituyó en el defensor incansable é impertérrito, en el protector y padre de la raza indígena oprimida, ante el Pontífice de Roma y el Rey de España, ante la humanidad y la historia. ¡Quién no le admira, por más que desconozca el móvil de sus actos y rebaje su mérito, atribuyendo á mera filantropía lo que no pudo ser, lo que de hecho no fué sino fruto de ardiente caridad cristiana!

No acabaríamos si debiéramos enumerar todos los religiosos que ilustraron las sedes americanas, ora por sus virtudes heroicas, como el obispo de Quito, fraile agustino, discípulo é imitador de Santo Tomás de Villanueva, el egregio Fray Luis López Solís, tan benemérito de la Iglesia ecuatoriana; ora por su ciencia vasta y profunda, como aquel otro agustino, quiteño de nacimiento, Fray Gaspar de Villarroel, sucesivamente obispo de Santiago, de Arequipa y arzobispo de la Plata. De los obispos misioneros, criadores ú organizadores de extensas diócesis, varones apostólicos, dechados de perfección evangélica, la serie no interrumpida se continúa hasta nuestros días. No hace aún ni medio siglo que algunos de ellos, fundadores de nuevas congregaciones, como el venerable Monseñor Claret, arzobispo de Cuba, ó hijos de Órdenes antiguas, esparcían

en varios puntos de América el suave resplandor de sus virtudes, trocado á veces en el nimbo purpúreo del martirio, cual pudo verse en el humilde é invencible fraile capuchino brasileño, obispo de Olinda, Fray Vidal Gonzalves de Oliveira¹.

Mas, por muy notable que sea la parte que tuvieron los religiosos en la jerarquía de la Iglesia americana, mayor aún les corresponde en las filas de aquel ejército espiritual que conquistó el Nuevo Mundo para Jesucristo, desde los hielos del Polo Norte hasta las soledades del Cabo de Hornos. Ellos estuvieron casi siempre en las avanzadas, en los puestos más peligrosos: como batallones escogidos, dividiéronse desde un principio aquel inmenso territorio. Labradores enviados por Dios á su heredad abandonada, repartiéronse el trabajo, á fin de plantar en el campo del Señor el árbol de la fe y hacerle producir el nutritivo y sabroso fruto de la moral evangélica, donde antes no se veían sino las espinas y abrojos del paganismo y la superstición.

La Orden religiosa que primeramente penetró en América fué sin duda la de San Benito, no sólo representada por el Padre Boil, ya mencionado, sino aun antes, en la Groenlandia, por el celoso Padre Matías, nombrado allí obispo de Gardar por el papa Inocencio VIII. En seguida mandaron ya en mayor número sus religiosos las Órdenes hermanas de San Francisco y Santo Domingo, por voluntad de Alejandro VI y á petición del gran cardenal Fray Francisco Jiménez de Cisneros.

«Méjico en su vasta extensión tocó en suerte á los franciscanos, que fueron allá llevando por superior de

¹ Léase, acerca de la jerarquía católica en América, todo el hermoso discurso pronunciado por el Ilmo. Sr. Montes de Oca, obispo de San Luis de Potosí, en el Concilio plenario de la América Latina: «Laudatio funebris Episcoporum Americae Latinae hucusque vita functorum» (Roma, 1899).

ellos al virtuoso Padre Valencia. El gran Cortés salió á recibirlos y les saludó hincadas ambas rodillas en tierra, para dar ejemplo de reverencia á los indios, que contemplaban aquella escena llenos de admiración. Las Antillas, el Perú y gran parte de Colombia evangelizaron los dominicos; los Padres de la Merced acudieron temprano á la obra de la conversión de los indios en Centro-América y en Chile; los agustinos vinieron á colaborar también en la tarea evangélica, fundando conventos en las colonias; y, por fin, los jesuitas, que llegaron en último lugar, se consagraron de una manera admirable á la conversión de las tribus salvajes en el Amazonas, en el Orinoco, en el Paraguay y en entrambas Californias. Así es que, un siglo después de descubierta la América, no había lugar alguno de ella que no hubiera sido visitado por los misioneros.»¹

El siglo siguiente, que fué el décimoséptimo, y podríamos llamar el de las misiones, vió proseguirse activamente la evangelización de los indios, así en la América meridional como en la septentrional. Pues, al paso que en el Paraguay los jesuitas españoles establecen y hacen prosperar sus célebres Reducciones, los misioneros franceses de la misma Compañía trabajan con éxito halagüeño entre los pieles rojas, en la región del San Lorenzo y los lagos, y en la que hoy ocupa todo el norte de la Unión americana². Las Órdenes mendicantes, con el vigor aún de la observancia, se esfuerzan á porfía en propagar el Evangelio; á ellas se juntan otras congregaciones, antiguas y modernas: los benedictinos en el Brasil, los carmelitas descalzos en Méjico, los recoletos y los sacerdotes de San Sulpicio en

¹ Ilmo. *González Suárez*, Discurso ya citado.

² Aquí haremos notar que los primeros jesuitas venidos á América fueron enviados por su Padre General San Francisco de Borja, á quien la Iglesia americana debe por esto un tributo especial de honor y gratitud.

el Canadá. Las misiones americanas pagan el tributo del martirio, y consolidan con su sangre la magna obra de la Iglesia católica, que, desgarrada cruelmente por la herejía en el viejo Mundo, se consuela mirándose madre de uno nuevo; y si á éste también acude en contra de ella el protestantismo, prepárase la Iglesia desde entonces á resistirle y convertirle, cuando haya de sonar la hora providencial, en la que al parecer vamos ya entrando.

La historia general de las misiones en América está aún por escribirse; pero bastan las páginas que de ella ya se han trazado, para comprender su extraordinaria y decisiva influencia, no solamente en la conversión y salvación de millares de paganos, sino en beneficio de la civilización, la ciencia y el comercio del mundo. ¡Á costa de cuántos esfuerzos y sacrificios, paciencia y constancia, sudores y sangre, se inició aquella empresa, y se ha continuado durante cuatro siglos, á través de mil obstáculos, perseverando aun hoy entre las tribus nómadas y salvajes, que ocupan una porción considerable del territorio de ambas Américas! Religiosos españoles y portugueses, seguidos por otros franceses, italianos, irlandeses y alemanes, abandonan las bellas comarcas de Europa, su querida patria; tras largo y penoso viaje marítimo, arriban á las playas del Nuevo Mundo, y como exploradores disciplinados se dispersan y marcha cada cual adonde le manda la obediencia. El uno trepa las cordilleras colosales por ásperos senderos, pasa junto á los volcanes y nevados eternos, se domicilia en las altas mesetas y helados páramos de Méjico ó el Perú, ó bien atraviesa de continuo la pampa solitaria, yendo en pos del indio celoso de libertad, fugitivo y sediento de venganza contra el invasor español, á fin de atraerle y consolarle, calmar y suavizar su carácter altanero; conviértese en su defensor, maestro, médico y amigo, para lograr convertirlo en verdadero cristiano. Entre tanto, otros

se internan en la selva tropical, sin límites al parecer, y permanecen allí años enteros, separados de toda sociedad culta, conformándose con las costumbres, la lengua y la vida nómada de las hordas salvajes, sin más ambición tampoco que el ganarlas para Jesucristo. Otros viven contentos á orillas de los grandes lagos y de los ríos que congela un largo y glacial invierno, hombres de paz en medio de tribus soberbias y belicosas. ¡Qué existencia la del misionero perdido en la inmensidad de las selvas americanas! No tiene más alimento que el que le suministra la caza ó la pesca, con las frutas y raíces silvestres; su albergue es una miserable cabaña, cuando no alguna cueva ó el tronco hueco de un árbol secular, de donde hay que alejar con el fuego las fieras que por allí andan vagando. Si quiere trasladarse de un punto á otro, debe abrirse con el hierro una angosta senda entre el laberinto de lianas enredadas, cañas elásticas, matas y zarzales espesos, expuesto siempre á la picadura de sierpes venenosas y de mil especies de insectos; debe atravesar con riesgo de la vida torrentes furiosos, pantanos y cenagales desconocidos; ó bien, en frágil canoa, entregarse á rápidas corrientes, ó navegar durante largos días por ríos caudalosos que parecen brazos de mar. Por último, al cabo de años, extenuado por un clima rígido ó enervante, por privaciones sin número, por esa lucha diaria con una naturaleza exuberante é indómita, el misionero salía postrado ya para siempre, cuando no expiraba allí mismo consumido por la fiebre, cuando no caía atravesado por la flecha emponzoñada, ó aplastado por la pesada maza del indio infiel ó apóstata.

La cordillera, la pampa y la selva americanas presenciaron, pues, durante siglos este heroísmo oculto y perseverante de los religiosos, gracias al cual la civilización se difundió junto con la fe católica. Los indios recibieron, además del conocimiento de la religión, el de las artes y oficios

necesarios para la vida, aficionáronse á la agricultura, á la sociedad, fijaron sus hogares y fundaron pueblos. Al propio tiempo, aquel vastísimo territorio iba siendo más y más conocido, en términos que podríamos afirmar que el mapa del interior de América fué casi todo delineado primeramente por los misioneros. Á ellos toca la gloria de las primeras exploraciones algo científicas del Amazonas y sus afluentes, del Paraná y el Uruguay, no menos que del Misisipí y el Misurí. Si todas las repúblicas americanas supiesen rendir homenaje de justicia y gratitud al mérito de los religiosos misioneros, les dedicarían sendas estatuas, como la que han levantado los Estados Unidos en el Capitolio de Wáshington al jesuita Marquette. Las lenguas de esas naciones ó tribus, que hoy despiertan tanto interés en el estudio de la filología comparada, casi no se conocen sino por las gramáticas y diccionarios que los misioneros compusieron de esos idiomas; los cuales un día tal vez nos revelarán el secreto del parentesco íntimo de Asia y América, ayudarán á trazar la ruta que siguieron las emigraciones prehistóricas y comprobarán una vez más la unidad del género humano. Asimismo, antes que Humboldt, d'Orbigny y otros escribiesen sus famosos libros sobre la naturaleza americana, los misioneros les habían abierto el camino, dando noticia siquiera sucinta de aquella flora y fauna extraordinarias; ellos habían ya descubierto y explotado algunas de sus maravillosas propiedades para el bienestar de la humanidad: díganlo, si no, el cultivo del mate ó hierba del Paraguay, y sobre todo la introducción de la quina en la farmacopea moderna por los jesuitas.

Podrá objetárenos la ruina y al parecer el escaso fruto de aquellas misiones. ¿Cómo se explica el que, después de cuatro siglos, todavía haya salvajes y paganos en América? ¡Oh! ¡qué fácil es la explicación, si consultamos imparcialmente la historia! Ella nos dirá que los misioneros no

tuvieron enemigos más astutos ó violentos que los mismos colonos europeos; que á la postre los reyes de España y Portugal, expulsando á los jesuitas, dieron el golpe de muerte á las misiones más prósperas; y que los gobiernos republicanos posteriores no siempre han comprendido su obligación de protegerlas, antes bien algunas veces por espíritu sectario han acabado de arruinarlas, con grave mengua aún de los intereses civiles y políticos. Cuando por el contrario la Compañía de Jesús estuvo libre y segura lo bastante para evangelizar á los indios, logró en poco tiempo organizar aquellas admirables Reducciones del Paraguay, que serán en la historia uno de los ejemplos más convincentes de la capacidad y fuerza civilizadora del catolicismo. Con hordas salvajes y embrutecidas formáronse pueblos de costumbres inocentísimas, hombres no sólo piadosos, sino trabajadores, disciplinados y aguerridos, en los cuales florecía primorosamente la inteligencia para las artes y las ciencias, que ya podían prometerse opimo fruto, destruido ¡ay! con improvisa y bárbara precipitación. Fueron, sin embargo, esas misiones paraguayas, á las que las otras no iban en zaga, la admiración del mundo durante siglo y medio, hasta el punto de arrancar elogios á los mismos filósofos y enciclopedistas. El célebre naturalista Buffón dice: «Nada honra más á la religión, que el haber civilizado esas naciones y echado los cimientos de un imperio, sin otras armas que las de la virtud»¹; y el mismísimo Voltaire, subyugado por la grandeza y hermosura de la obra de los jesuitas, confiesa que «parece ser bajo cierto aspecto el triunfo de la humanidad»².

Mas la obra de las misiones no fué más que parte de la que realizaron en América las Órdenes religiosas. Tratábase, en efecto, no sólo de convertir á los indígenas ameri-

¹ Histoire Naturelle: De l'Homme.

² Essai sur les mœurs.

canos, sino de mantener á los europeos en la religión de sus mayores. Entre aquéllos no sólo había salvajes errantes, perdidos entre las selvas, sino indios á medio civilizar, con sus costumbres, cultos y creencias propias, súbditos de Motezuma y Atahualpa, que de repente cambiaban el yugo de sus emperadores por el de los reyes de España y casi, diremos así, por consecuencia forzosa, su idolatría por la religión de Jesucristo. Los sacerdotes establecidos en las nuevas colonias ó reinos debían por lo tanto hacer frente á una doble necesidad. Mientras al vencedor recordaban de continuo la ley de Dios con su eterna sanción, á fin de reprimir las pasiones de sangre y lujuria que le hervían en el pecho; al vencido le iban poco á poco instruyendo en la religión, enseñándole, junto con las verdades y virtudes cristianas, lo que es la dignidad del alma, la paz de la conciencia, la paciencia de los males terrenos y la esperanza de los bienes celestiales. De este modo comenzaba la única emancipación y civilización, genuina y eficaz, de la raza indígena: magna empresa, retardada más de lo justo hasta aquí, y que aún está reclamando el último y triunfante esfuerzo del clero católico. Por otra parte, durante más de tres siglos la Iglesia tuvo que recibir en sus brazos á millones de míseros negros que una codicia insaciable y un tráfico inhumano trajeron del África á la América tropical. La Iglesia no se contentó con suavizar la esclavitud moderna, que, por odiosa que sea, no puede equipararse con la antigua: ella, con su espíritu, preparó paulatinamente la abolición de la esclavitud, y desde luego supo sacar el bien del mal y dar á los esclavos con la verdad religiosa el consuelo, la resignación, el principio regenerador de la vida moral presente y engendrador de la vida futura eternamente feliz. Organizada en fin la colonia, sosegados los ánimos, de la mezcla de estas tres razas, blanca, cobriza y negra, fué ya formándose la masa